



Melba Falck Reyes y Héctor Palacios, *El japonés que conquistó Guadalajara. La historia de Juan de Páez en la Guadalajara del siglo XVII*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Biblioteca Pública del Estado de Jalisco “Juan José Arreola”, 2009, 171 pp.

Este libro es una interesante adición a los todavía pocos estudios que existen sobre viajeros japoneses, chinos y coreanos que llegaron a tierras mexicanas en el siglo XVI; salió a luz en 2009, año de la conmemoración del 400 aniversario del inicio de las relaciones entre México y Japón. Se esperan más estudios similares que enriquezcan el conocimiento de otras experiencias habidas en la historia de México.

El estudio de Melba Falck y Héctor Palacios se apoya en una investigación minuciosa en archivos parroquiales y notariales, entre los que se encuentran el Archivo del Cabildo Eclesiástico de Guadalajara (ACEG), el Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara (AHAG), el Archivo del Sagrario Metropolitano de Guadalajara (ASMG) y el de la Real Audiencia de Guadalajara (ARAG), así como en una vasta bibliografía sobre la vida social, económica y cultural de la Guadalajara de aquel entonces, de la historia de Japón y de sus relaciones con la Nueva España.

Los autores se propusieron describir la vida de algunos de los primeros japoneses que viajaron a la Nueva España, hasta llegar a la Nueva Galicia, ahora estado de Jalisco, dos de los cuales, Luis de Encío y Juan de Páez, resultaron los más notables por haber alcanzado lugares destacados en la sociedad de la Guadalajara del siglo XVII.

Este libro nació de la curiosidad que despertó una conferencia que presentó en la Universidad de Guadalajara el embajador Eikichi Hayashiya, diplomático distinguido y condecorado, como pocos ciudadanos japoneses, de la lengua y las literaturas hispánicas, y en especial de la literatura mexicana. Cuando Hayashiya era embajador de Japón en España, leyó en Madrid un artículo del historiador francés Thomas Calvo en la *Revista de Indias*, en el cual daba noticia de un grupo de japoneses avecindados en Guadalajara en el siglo XVII, uno de los cuales estaba sepultado en la catedral de esa ciudad. Al leer la firma en japonés del que había alcanzado tal honor, Luis de Encío, el embajador se dio cuenta de que se trataba de un samurái, un guerrero culto “de alta burguesía” —posiblemente del señorío de Date Masamune, Japón—, del que poco se sabía. Con el deseo de buscar más datos sobre ese personaje, el embajador Hayashiya viajó a México invitado por la doctora Melba Falck, entonces directora del Departamento de Estudios del Pacífico (DEP) de la Universidad de Guadalajara, a dictar una conferencia sobre Encío, en la que mencionó también a Juan de Páez, otro japonés que también alcanzó gran distinción en Guadalajara.

Fruto de aquel interés y de su curiosidad intelectual por escudriñar cómo y en qué circunstancias se iniciaron las relaciones de México con Japón, los autores se propusieron rastrear en los archivos de Guadalajara a ese grupo de japoneses para colaborar en la investigación del embajador Hayashiya. Se encontraron, así, inmersos en la formación de la sociedad de la capital neogallega, en cuyos inicios hubo japoneses que participaban en forma distinguida.

Como suele suceder en la investigación histórica, en este libro convergen dos investigaciones inconclusas. La primera, inspirada por el artículo de Thomas Calvo, la emprendió el embajador Hayashiya cuando, de regreso en Japón, llevó a cabo una investigación *in situ* del lugar de origen y la genealogía de Luis

de Encío, y encontró que provenía de una villa llamada Fukuchi, en la prefectura de Sendai, mismo nombre que firma como su apellido de familia, seguido de su primer nombre, Soemón. Este personaje, probablemente un samurái *ronin*, habría llegado a Acapulco como miembro de la misión Hasekura, y por instrucciones del jefe de la misma, Hasekura Tsunenaga Rokuyemon, pudo haberse quedado en ese puerto con algunos de sus compañeros. El embajador Hayashiya aún continúa en Japón la investigación sobre Encío y sin duda algún día leeremos más acerca de este personaje cuya vida en Guadalajara estuvo ligada a la del otro japonés, Juan de Páez.

En el libro colaboran Thomas Calvo y el embajador Hayashiya, como autores de la Presentación y el Preámbulo, respectivamente. Se compone además de una breve introducción, cuatro capítulos y las conclusiones. En sus últimas páginas contiene una ilustrativa sección de anexos con importantes documentos de la época: planos de la ciudad de Guadalajara y del lugar que habitó Juan de Páez, su testamento y el de Luis de Encío, un árbol genealógico de la descendencia de éstos, así como mapas referenciales e ilustraciones de arte japonés de la época.

El primer capítulo, que busca situar la vida de Juan de Páez en su contexto histórico, nos brinda, brevemente, un panorama general de la relación entre la Nueva España y Japón durante la segunda mitad del siglo XVI y los inicios del XVII. En él se abordan las primeras incursiones de los españoles en el Océano Pacífico, que llegaron a lo que se nombraría después como Filipinas; los primeros contactos entre españoles y japoneses, así como las primeras misiones católicas en Japón hasta la llegada de la misión Hasekura a tierras de la Nueva España.

Dada la importancia que tuvo en la historia de Juan de Páez, el segundo capítulo está dedicado a Luis de Encío, el personaje que Calvo llama “el centro de todo el núcleo asiático neogallego”, y abarca desde cómo y cuándo llegó a Guadalajara

y su relación con Páez, hasta el papel que desempeñó en la sociedad tapatía del siglo XVII. Se relata la vida de Luis de Encío, desde su prosperidad y riqueza, hasta sus últimos días, que pasa en la miseria, acogido a la caridad de su hija y yerno, por lo cual en su testamento deja a Juan de Páez, además de una lista de deudas que le encarga pagar y de los cobros que deberán hacerse a sus deudores, que cumpla su deseo de ser sepultado en la catedral. Queda en manos del embajador Hayashiya llegar a saber más sobre Encío en Japón, hasta su llegada al puerto de Acapulco, si llegó por allí.

Los capítulos tercero y cuarto están dedicados a la vida y hechos del personaje que le da el título al libro que aquí se reseña, Juan de Páez. Como en el caso de Encío, las preguntas iniciales sobre Páez son ¿quién fue? y ¿cómo llegó a Guadalajara? Según se asentó en su testamento, Páez nació en Osaka, pero no se dice nada de cómo llegó a la Nueva España. Los autores señalan que suponen que pudo haber sido al cobijo de misioneros católicos expulsados de Japón, jesuitas o de otra orden religiosa, quienes lo habrían recogido como huérfano nacido hacia 1608 en Japón y lo habrían educado. Páez tendría unos diez años cuando aquellos religiosos desembarcaron en un puerto de la costa de la Nueva Galicia, y siguieron a Guadalajara llevándolo consigo.

Juan de Páez tuvo una educación católica y occidental, lo que al llegar a una ciudad novohispana le facilitó insertarse y prosperar en su nuevo medio. Ésa fue una situación muy distinta a los trabajos que hubo de pasar Encío en su transcurso desde Acapulco, si es que así lo hizo, hasta llegar primero a Ahuacatlán y después para instalarse en Guadalajara. Aparentemente Luis de Encío y Juan de Páez se conocieron cuando este último tendría 20 años y se acercaron por reconocer su origen común, hablar la misma lengua materna, además de emprender negocios juntos, lo que los llevó a tener lazos familiares al casarse la hija mayor de Encío, Margarita, con Páez.

Juan de Páez ascendió en la vida económica y social de la ciudad merced a sus relaciones, seguramente propiciadas por su juventud, su habla castellana, sus buenas costumbres y su educación al amparo de la Iglesia católica, que los religiosos le inculcaron en su niñez y primera juventud. Aun cuando de indudable fisonomía asiática, Páez fue bien recibido en Guadalajara. Entrado en el mundo de los negocios tuvo también buenos padrinos y fue así como se dio la relación con Encío, quien se convirtió en su suegro. La indudable afinidad étnica y el lazo familiar que se creó entre los dos hombres contribuyeron a la buena fortuna de ambos. La fama de hombre honrado y trabajador que se labró Encío ayudó a cimentar la que logró su yerno, Juan de Páez, al punto de que, con los antecedentes de su llegada a Guadalajara, sus buenas relaciones con el mundillo de los negocios y con el “alto clero” de la ciudad, pudo ganarse la confianza necesaria para que, con el cargo de mayordomo, le confiaran el cuidado de las finanzas eclesiásticas de la catedral, con la aprobación unánime del capítulo de la misma. Esto en sí fue un logro notable, porque Páez descargó sus responsabilidades a entera satisfacción de los canónigos y del obispo, y así pudo bienquistarse con toda la sociedad tapatía. Sus relaciones le permitirían casar a sus hijas, habidas con Margarita de Encío, con españoles peninsulares avecindados en aquella ciudad y afianzar el futuro de su prole.

En sus últimos días, como lo hizo su suegro, Páez hizo protesta en su testamento de su fe cristiana y católica, de ser creyente en las verdades de su Iglesia; se reconoció nacido en Osaka, reino de Japón, y legó sumas importantes de sus bienes para constituir capellanías donde se celebraran misas en sufragio de su alma. Pidió que se le sepultara en la catedral, al pie del altar del Santo Cristo, para cuyo mantenimiento y buenas condiciones también dejó asignados fondos de su fortuna. A su fallecimiento, que fue ampliamente conocido y comentado

en Guadalajara, sus funerales se hicieron como correspondía a su posición y fortuna y, tal como lo solicitó, se le dio cristiana sepultura en la catedral, precisamente en el lugar que había pedido. En su funeral acompañaron a su viuda e hijos, socios de negocios y gente acaudalada del lugar, además de los canónigos miembros del capítulo catedralicio a los que había servido.

Sin duda la vida de Juan de Páez fue una de éxito, que no podía dejar de llamar la atención de los historiadores e investigadores que se ocuparon de rastrear los hechos de su existencia, pues se trataba del primer caso, hasta donde se tiene noticia, de un japonés llegado a tierras novohispanas, en circunstancias que todavía no se esclarecen, que se ganó la confianza de la sociedad de una naciente capital provincial, tan celosa de lo extranjero y, ciertamente, de los hombres que eran denominados “chinos”; que se llegó a confiar en su bonhomía y honradez al punto de que se le entregó el manejo de dineros y negocios, incluso los dineros que administraba un mayordomo de la catedral. Eso no deja de ser toda una hazaña.

Al describir el personaje central y su entorno, el libro nos permite asomarnos al carácter cosmopolita de una sociedad colonial novohispana, en la que convivían españoles, criollos, indígenas, mulatos, negros —que eran generalmente esclavos y otros libertos—, más algunos asiáticos no muy bien distinguidos y con frecuencia tratados despectivamente; una sociedad cerrada, pero que permitía, por ejemplo, que las mujeres participaran en los negocios, lo que difícilmente se podría imaginar entonces. Por ello resulta muy interesante leer, en el segundo capítulo, por una parte, la difícil situación que se les presentó a las hijas de Luis de Encío que desearon “entrar en religión”, como monjas en un convento de la ciudad, y los impedimentos que se les pusieron por tener un “defecto de sangre”, ya que eran hijas de un japonés y de una indígena de Ahuacatlán; y, por la otra, comparar esa situación con la de la hermana mayor

que desposó a Juan de Páez, Margarita, quien habría de convertirse en su viudez en una matrona considerada por el buen manejo de su fortuna y sus relaciones sociales.

El libro concluye con varias preguntas que futuras investigaciones podrían contestar, esta vez sobre los descendientes de Juan de Páez, ¿qué fue de ellos? ¿Conocieron acaso la historia del patriarca japonés y se reconocieron como sus familiares? Sin duda ésa será “otra historia”, a cuyo conocimiento contribuirán los resultados de la búsqueda de los familiares de Juan de Páez en Osaka, investigación de la que, como se dijo antes, se ocupa actualmente el embajador Hayashiya en Japón. Como bien lo anticipan los autores, esta historia y la que pueda completarse sobre los descendientes de Páez, interesará a la numerosa comunidad de ascendencia japonesa que actualmente vive en Guadalajara y en otras ciudades de Jalisco.

Deseo cerrar esta reseña volviendo a Luis de Encío, el primer personaje que aparece en el libro y que necesariamente debía mencionarse por su carácter de “núcleo” de la comunidad asiática de Guadalajara, como lo llama Calvo, así como por la importancia de su relación de negocios y familiar con Juan de Páez.

A reserva de que las investigaciones del embajador Hayashiya nos puedan permitir conocer los orígenes familiares y primera juventud de Encío, me inclino a pensar que este personaje tuvo que haber sido uno de los miembros de la misión Hasekura que permanecieron en Acapulco porque así lo dispuso el jefe de la misma, quien, junto con sus compañeros allí dejados, debía encargarse de reunir información de todo tipo sobre el país, los cultivos, las minas de plata y su explotación, sobre todo del sistema de “beneficio de patio” que se utilizaba en Taxco para lograr una mayor pureza del metal, asunto que resultaba de primera importancia para las minas de plata de Japón. También debían enterarse de todas las posibilidades de comerciar

y observar cómo operaba la feria anual de Acapulco cuando llegaba el Galeón de Manila, aprender la lengua española y las formas de negociar. Reunir toda esa información les tomaría un buen tiempo, pero calculaban que la tendrían para cuando la misión regresara de su viaje que la llevó primero a la ciudad de México y Veracruz, y después a Madrid y Roma, ciudades estas donde Hasekura debía entregar las cartas que llevaba dirigidas al Rey español y al Papa romano. Ni el jefe de la misión ni los que se quedaron en Acapulco imaginaron siquiera que serían cuatro años los que les tomaría cumplir esa encomienda y volver a México para reembarcarse a Japón.

Cuando Hasekura regresó a Acapulco no estaban allí los hombres que había dejado con un encargo bien claro. Cansados de esperar, sin noticias de la misión y su regreso, en las llegadas anuales del Galeón seguramente recibieron noticia de la persecución de los cristianos en Japón, la expulsión de los misioneros jesuitas y de otras órdenes religiosas, así como la prohibición a los japoneses de convertirse al cristianismo, que se consideraba una doctrina peligrosa para el reino de Japón. Todo esto les debe haber provocado una enorme desazón y gran incertidumbre. Podemos imaginar que Encío, un samurái educado en la disciplina del *bushido*, el código de honor de los guerreros, pudo haber sido designado jefe del grupo en Acapulco que, frente al casi seguro fracaso de la misión y ante las noticias que recibían de la situación en Japón, pudo haber propuesto a sus compañeros internarse en el país para buscar la información que debían reunir y también para encontrar un nuevo lugar de residencia para el resto de sus vidas. ¿Así llegaron a la Nueva Galicia? ¿Fue éste el inicio de una nueva vida, que aceptaron ante la casi certeza de que, si lograban regresar a Japón su vida correría peligro en las nuevas circunstancias de su patria? No atreverse a regresar siquiera a Manila en el Galeón, les llevó a la decisión de permanecer de por vida en el nuevo país.

Si así ocurrió con Encío, ¿qué fue de los otros miembros del grupo? Los que llegaron y vivieron en Guadalajara, cuyos nombres también se conocen. Quizá la continuación de esa investigación llevará a otras interesantes historias.

Omar Martínez Legorreta